

ENRIQUE SEMO

CRÓNICA

DE UN *Derrumbe*

LAS REVOLUCIONES INCONCLUSAS DEL ESTE

proceso

•

editorial grijalbo, s.a. de c.v.



MEXICO, D. F. BARCELONA BUENOS AIRES

Índice

Agradecimientos	13	
Introducción	15	
I. Ascenso y derrumbe de la República		
Democrática Alemana	25	
Un pueblo recobra el habla	28	
La voz de la nueva izquierda	33	
La revolución vista desde Occidente	42	
El rapto de la RDA	50	
La voz de la cordura	57	
II. Polonia: Del comunismo al populismo		65
El <i>big bang</i>	73	
El programa	76	
¿Inminente restauración del capitalismo?	80	
Del sistema de partido único al pluripartidismo	85	
La iglesia: Democracia conservadora	90	
III. URSS: ¿Perestroika o catastroika?		95
La encrucijada económica	101	
El PCUS pierde la dirección de las reformas	112	

Evtushenko: La glasnost, un desastre para los espíritus mediocres	115
La herencia de Sájarov	123
La conexión latinoamericana	130
La voz del estalinismo	135
IV. La explosión de los nacionalismos	141
Armenia, Armenia	145
El enigma georgiano	152
Un despertar difícil	154
La socialdemocracia en Georgia	162
V. El partido comunista italiano frente a la nueva Europa	165
VI. La revolución conservadora	177
VII. El retorno de la burocracia	199
VIII. El otoño de los pueblos	219
 <i>Doce meses que cambiaron a Europa del Este</i>	
Agosto de 1989	237
Septiembre de 1989	238
Octubre de 1989	240
Noviembre de 1989	243
Diciembre de 1989	246
Enero de 1990	251
Febrero de 1990	254
Marzo de 1990	258
Abril de 1990	263
Mayo de 1990	266
Junio de 1990	268
Julio de 1990	271

Introducción

1989 fue para la URSS y Europa del Este el año más dramático desde el fin de la segunda guerra mundial. Las consecuencias para el mundo, y en particular para América Latina, son incalculables y tardarán varios años en revelarse en plenitud; sin embargo, los esfuerzos para vislumbrarlas forman ya una respetable bibliografía, a la cual ha venido a sumarse la encíclica *Centesimus Annus* de Juan Pablo II.

Este libro es un primer intento por comprender lo que realmente sucedió; combina el reportaje, la entrevista y el ensayo. Todos los textos fueron escritos entre octubre de 1989 y noviembre de 1990, pero reflejan experiencias y conocimientos acumulados durante muchos años. Crecí en el seno de una familia búlgara emigrada a México en 1942 que me transmitió jirones de su cultura balcánica. Estudié y enseñé durante casi cuatro años en la Universidad Humboldt de la desaparecida RDA, y mantengo relaciones de amistad con académicos, personalidades públicas y simples ciudadanos de varios de esos países. En la última década seguí de cerca el desarrollo histórico de la región y, gracias a la revista *Proceso*, fui testigo presencial de algunos episodios de la revolución.

Los doce meses que separan agosto de 1989 de julio de 1990 fueron el primer acto de una revolución verdadera pero enigmática; para usar los conceptos de George Rudé, como “hecho

político” la revolución ha terminado; una forma de ejercer el poder se ha derrumbado irremediablemente. Como “fenómeno social”, como época de transformaciones profundas, apenas se inicia.

Desde el ascenso de Gorbachov en 1985, la perestroika dividió en conservadores y reformistas a las burocracias gobernantes de todos los países del “bloque socialista”. Estos grupos no tardaron en trabarse en una lucha que no por sorda fue menos violenta. Los conservadores de Moscú encontraron aliados diligentes en los gobiernos de Honecker, Ceausescu, Husak y Jivkov. Por su parte, Gorbachov hizo todo lo posible para desestabilizarlos y, al mismo tiempo, ganar la opinión pública de esos países.

En Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia y Hungría los comunistas perdieron el poder. Los conservadores desaparecieron del mapa político y los reformistas se refugiaron en partidos socialistas de oposición. En la Unión Soviética, Rumania y Bulgaria los comunistas, bajo nuevas identidades, mantienen el poder, y la lucha entre las dos tendencias prosigue en un nuevo contexto de pluralismo legitimado por el voto.

Han aparecido multitud de nuevos partidos y movimientos que, en su mayoría, se definen como fuerzas de “centro”. Algunos de ellos, como Solidaridad de Polonia, Foro Cívico de Checoslovaquia o la Unión de Fuerzas Democráticas de Bulgaria, son demasiado heterogéneos para mantenerse unidos por largo tiempo. La imagen se complica más todavía, cuando tomamos en cuenta los movimientos nacionalistas organizados, que amenazan cambiar el mapa político de la región.

Durante y después de las revoluciones, mucha gente supuso que surgirían poderosos partidos socialdemócratas. No ha sucedido así. En las elecciones de 1990, la socialdemocracia no ejerció una atracción significativa sobre los electores y quedó marginada en Checoslovaquia, Hungría y Rumania. Sin embargo, todo indica que, dentro de los grandes frentes que presiden la transición política, existen corrientes que pueden ser caracterizadas como socialdemócratas; pero ninguna de ellas se apresura a usar el nombre prohibido, porque para la mayoría de la población el concepto de socialismo es, por ahora, sinónimo de autoritarismo político, fracaso económico y falsas promesas.

Durante el otoño de 1989 los pueblos entraron en acción en todos los países del bloque socialista, escribiendo páginas brillantes en la historia social de Europa. Ninguna persona honrada puede dejar de entusiasmarse con la reanimación sorprendente de una sociedad civil que muchos consideraban muerta. La lucha de los trabajadores polacos a lo largo de una década, los tormentosos debates públicos organizados por los ciudadanos de la RDA en los primeros tres meses de la revolución, las huelgas políticas de los obreros checoslovacos y soviéticos y las "Ciudades de la Verdad" de los estudiantes búlgaros, son los inicios de un nuevo continente político cuyo impacto se dejará sentir en todo el mundo. El renacimiento del fundamentalismo religioso, el nacionalismo exacerbado y la xenofobia no pueden ocultar la importancia de ese germen de renovación. En todos los países de la región, los movimientos nacionalistas, étnicos y de autonomía regional y local se entretejen con la efervescencia social de signo cada vez más definido. Surge un nuevo espectro político en el cual tradiciones sofocadas durante medio siglo se fusionan con la cultura política surgida del "socialismo real".

Las pasiones nacionalistas y los odios interétnicos, son en esa zona realidades antiquísimas empapadas con lágrimas y sangre. La crisis de los estados centrales que los sofocaba los ha liberado una vez más. Pero su explosión no es tan espontánea como pudiera parecer a primera vista. Las fuerzas que se disputan el poder interpelan los chovinismos dormidos, los sentimientos étnicos o la añoranza por las autonomías locales perdidas. En la URSS, los conflictos nacionales tienen mucho que ver con el intento de las élites locales por ocupar los espacios abandonados por la burocracia central en retirada. En Bulgaria, en un último intento por salvarse, el viejo dictador Jivkov encendió los odios contra la minoría turca. En Eslovaquia, el Movimiento Demócrata Cristiano y el Partido Nacional Eslovaco han utilizado ampliamente el nacionalismo para fortalecer sus posiciones electorales; y en Polonia, el frecuente recurso de los políticos al antisemitismo es un llamado oportunista a prejuicios populares ancestrales.

Las potencias de Occidente no permanecen neutrales ante las revoluciones del Este. Han puesto en práctica todos sus recur-